

Los peligros de la sobrecarga de trabajo para el futuro de la Vida Religiosa

Gabino Uríbarri, sj.

Estas líneas pretenden esbozar unas reflexiones sobre la situación que afecta de modo particular a la generación de religiosas y religiosos que ingresaron en los noviciados desde la mitad de los años setenta hasta mediados de los ochenta y, desde esta perspectiva, a las mismas congregaciones religiosas.

Primero caracterizaré brevemente esta generación con unas someras pinceladas. Seguidamente abordaré algunas cuestiones candentes que nos afectan como generación y como congregaciones religiosas y que son determinantes para la marcha y el futuro de la Vida Religiosa (VR). En concreto, me referiré a tres ámbitos: oración, trabajo y vida en comunidad.

1. Características de esta generación: los primeros hijos del Concilio

Los que nos hemos integrado a la VR aproximadamente entre 1975 y 1985 constituimos una generación. Actualmente, en su mayoría, oscilamos entre los treinta y algo y los cuarenta y pocos. La generación anterior a la nuestra fue la que vivió durante su formación la gran crisis, el cataclismo de las salidas masivas, el despiste de los superiores. La etapa anterior a la nuestra, de la que hemos escuchado muchas historias, estuvo marcada por una época de ensayos entusiastas, ingenuos y apresurados de nuevas formas de VR o de ejercicio del

ministerio: cambios en el lugar de vivienda, en el vestido, en el modo de interactuar con los demás miembros de la comunidad cristiana. La formación se resintió, el aspecto intelectual con frecuencia se descuidó y, en general, hubo que inventarlo todo de nuevo. Se hizo prácticamente borrón y cuenta nueva. Nosotros llegamos después, en números reducidos y habiendo «mamado» el Concilio y sus cambios desde la adolescencia, sin haber sido protagonistas de sus transformaciones, habiéndolas tomado espontáneamente como lo que había. No luchamos por derribar lo preconiliar, ni tuvimos tampoco oportunidad de hacerlo.

Sin embargo, fuimos pioneros de nuevos ensayos a la hora de estructurar de nuevo la formación y el estilo de la VR y el ministerio ordenado que parecía irse decantando del Concilio y de los experimentos anteriores. La época más salvaje de la destrucción de lo previo y los ensayos novedosos, con la gran crisis de autoridad de los superiores y formadores, ya había pasado o estaba remitiendo. Aun así, tampoco había una institucionalización clara ni se sabía bien por dónde tirar. Había dos «noes» claros: ni lo preconiliar ni todo lo de la primera experimentación. Cuando menos, era necesario extraer consecuencias operativas de la tremenda ola de abandonos y aprender tanto de los errores como de los éxitos e intuiciones postconciliares. Las salidas, a menor ritmo, siguieron. El número de las entradas no tenía nada que ver, en la gran mayoría de las congregaciones religiosas, con las copiosas cohortes de los cincuenta y primeros sesenta. En muchos casos, las primeras remesas fueron las cobayas de nuevos métodos y contenidos de formación.

Nuestra realidad está profundamente marcada por la estructura generacional de la propia congregación. Suele existir un grupo copioso de personas que, en la sociedad civil, estarían jubiladas. Estas personas beneméritas pueblan las enfermerías, casas de tercera edad y otras residencias. Algunas siguen en activo, con labores adaptadas a sus posibilidades. Son muy excepcionales los casos en que este grupo todavía se encuentra realizando un trabajo de frontera o con responsabilidades de peso. Lo admiramos.. y dedicamos poco tiempo a escucharles y atenderlos. Todavía persiste un grupo numeroso de los que entraron en los cincuenta. Son los que llevan el peso las obras y las actividades principales de la congregación. Lo llevan haciendo durante unos veinte años. Son los que en gran parte han configurado la realidad

actual de la congregación. Después sigue la generación a la que el fragor de la crisis postconciliar pilló más de lleno: lo que entraron en los sesenta. Es una generación numéricamente muy reducida. No es infrecuente que después haya una laguna, un vacío generacional. Y luego estamos nosotros: un número también pequeño.

La amenaza que se cierne sobre nosotros es el desplome fulminante e instantáneo de toda la carga institucional y de todas las responsabilidades cuando la generación que hoy está en torno a los sesenta años deje sus cargos. Es evidente que no podemos heredarlo todo. No porque no sea valioso lo que nuestros predecesores pusieron en pie, sino porque no somos suficientes, al menos en número. Una de las tentaciones consiste en seguir con todo a base de repartos ficticios de «tantos por ciento». Con los «tantos por ciento» me refiero a la multiplicación de tareas y encargos, suponiendo que cada uno de ellos se pueda resolver dedicándole un «tanto por ciento» del tiempo, la energía y la creatividad. Nada más claro que un ejemplo tomado de la vida real para ilustrar a qué me refiero.

En su primer destino, un amigo recibió el siguiente «reparto» del Provincial: dedicar un cincuenta por ciento a una institución educativa (las clases, la reflexión, mantenerse al día en su ámbito profesional, el acompañamiento de los alumnos, la creación de comunidad educativa con los profesores y el respaldo de la presencia institucional de la congregación en esa obra); un treinta por ciento para potenciar el área social de la Provincia (colaborar en algunas actividades y poner en marcha un voluntariado); y un veinte por ciento para el programa de acompañamiento y admisión de candidatos. Además, este compañero vivía en una casa de formación, con la intención del Provincial de que estuviera presente, fuera cercano a los estudiantes jesuitas, fomentara la vida comunitaria, se implicara en los procesos de formación y apoyara al superior en todo lo que pudiera. Pero, además, el Provincial, persona creativa y sin recursos humanos para llevar adelante los proyectos necesarios y urgentes, recurre a él cada tres o cuatro meses con nuevas iniciativas. Que se especialice en dar ejercicios espirituales, que se integre en un equipo para la formación de laicos, que haga una tesis doctoral, que coordine la comisión de acción social, que participe en actividades de la pastoral juvenil.

Otra tentación radica en retrasar la jubilación de personas que, por su salud precaria, su idiosincrasia y su escasa capacidad de adaptación a

las circunstancias cambiantes en la vida civil, con una pirámide de edades más normal, serían sustituidas más a tiempo. Los efectos de ambas alternativas serían nocivos y devastadores para el futuro de la VR. ¿Cómo actuar, entonces? Evidentemente, se impone un discernimiento para dejar obras en manos de otras personas, llevarlas de otra manera o, simple y tristemente, cerrarlas. El discernimiento exige la toma de decisiones, ante la tentación de postergarlas; implica asumir renunciaciones dolorosas y pagar los costos de la inversión en el futuro.

No es del buen espíritu sentir que nuestro tiempo y nuestras circunstancias son más difíciles y arriesgados que los de quienes nos precedieron. A cada día y a cada época le basta su malicia (cf. Mt 6,34). En toda época y circunstancia, la sobrecarga de trabajo parece haber sido una constante de la VR y de los sacerdotes entregados en cuerpo y alma a su ministerio¹. La evangelización ha requerido siempre más atención personal, mejores materiales y más santidad de los testigos. La educación ha pedido mayor contacto personal, mayor destreza pedagógica y más tiempo para los alumnos más problemáticos. La atención social y caritativa ha dejado fuera a personas necesitadas, ha precisado de medios materiales más abundantes y adecuados. La financiación siempre ha resultado escasa, difícil de obtener y asegurar. El problema no es, pues, la sobrecarga en sí, aunque hoy se presente de una manera estructuralmente apabullante², sino cómo afrontarla de manera discernida e inteligente, de tal suerte que la acumulación de trabajo no nos convierta paulatinamente en militantes de algo distinto del Evangelio del Señor Jesús.

2. Algunas pistas para configurar un estilo vida

La convicción fundamental que alienta las reflexiones que siguen radica en que la evangelización y el testimonio contracultural de la fuerza salvadora del Evangelio que podamos encarnar los religiosos y religiosas reside ante todo *en nuestro estilo de vida*. En consecuencia, no tanto ni en primer lugar en las bellas y bien pensadas palabras que

¹ A este respecto, parece muy sabia la observación de san IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, n. 18: «faltando siempre tiempo para todos».

² Son escalofrantes las cifras que recoge: P. WITTEBERG, SC, *The Rise and Fall of Catholic Religious Orders*, The State University of New York Press, Albany (NY) 1994, pp. 1-2.

podamos articular sobre la fe, Jesucristo, el Evangelio y su Iglesia. Menos aún en las críticas certeras a la sociedad moderna, de consumo y capitalista (¿qué alternativa practicable proponemos con nuestra vida?). Tampoco en la generosidad loca y desbocada de vida machacadas por un afán desinteresado, pero configuradas según las mismas categorías y modos de actuar que destrozan con estrés a los ejecutivos de las grandes empresas y resquebrajan tantas familias.

Pasaré revista a tres instancias significativas y globales, especialmente para las congregaciones apostólicas: nuestro modo de orar, de actuar y de vivir juntos (cf. *Perfectae caritatis*, 3)³.

2. 1. Nuestro modo de orar

El primer efecto de la plétora y el exceso de trabajo suele ser el abandono de la oración, las prácticas piadosas y el descuido de la vida espiritual. Esto nos asimila a la cultura ambiental, en la que Dios resulta superfluo. No es necesario para la eficacia en el trabajo ni para dar sentido a las grandes etapas de la vida humana, con sus éxitos y fracasos, igual que resulta prescindible para la vida pública y política en un Estado no confesional. Gran parte de nuestros contemporáneos no echan a Dios en falta⁴.

El peligro más obvio del desplome de «los tantos por ciento» sobre nuestras espaldas sería la secularización, por la vía de los hechos, de los mismos religiosos. Esto pondría en peligro lo más propio y característico de los «consagrados»: personas que han experimentado a Dios y lo han conocido personalmente, personas que hablan de Él porque lo han sentido de una manera propia e intransferible. Personas que tienen una historia personal con Dios, con sus lugares característicos, sus fechas particulares, sus olores y colores singulares, sus tonos de luz, sus altibajos, sus secretos, sus requiebros de amor. Este aspecto está presente en todas las vocaciones bíblicas, como, por ejemplo, el encuentro de Jesús con la mujer samaritana y su actividad misionera subsiguiente (Jn 4).

³ He abordado estos puntos y algunos otros, desde otro ángulo, en «Reavivar el don de Dios» (2 Tim, 1,6), Sal Terrae, Santander 1997, pp. 127-155.

⁴ Cf. A. TORNOS- R. APARICIO, *¿Quién es creyente en España hoy?*, PPC, Madrid 1995.

La amenaza latente consiste en convertirnos en profesionales de una serie de servicios de alguna manera relacionados con la Iglesia y la religión fundada alrededor de Jesús de Nazaret, en lugar de ser gentes de Dios. Caer en ello implicaría desnaturalizar el sentido de la vocación a la vida consagrada y del servicio al pueblo de Dios en que consiste el ministerio ordenado. Uno de los teólogos más lúcidos de nuestro siglo, Karl Rahner, levantó la liebre de la posibilidad que tenemos de funcionar como ateos encubiertos⁵.

Por ello, la gran cuestión radica en el *ritmo de vida* que asegure el crecimiento espiritual, el discernimiento, la oración y la unión con Dios. Es el caballo de batalla en el que nos jugamos no sólo la calidad de nuestra vida, sino el ser o no ser de nuestra propia vocación. Por su actualidad y perspicacia, reproduzco la instrucción, de 8 de octubre de 1552, que Ignacio de Loyola da a los Padres que se envían a ministerios:

«Cuanto a lo primero, que mira a sí mismo, procure no olvidarse de sí por atender a otros, no queriendo cometer un mínimo pecado por todo el provecho apostólico posible, ni aun ponerse en peligro; para lo cual ayuda.. mirar las criaturas no como bellas o graciosas, sino como bañadas en la sangre de Cristo, e imágenes de Dios, templo del Espíritu santo, etc.»⁶

2. 2. Nuestro modo de actuar

El ámbito de trabajo es uno de los campos más necesitados de evangelización en nuestra cultura. Todos conocemos a personas que pierden la salud y la alegría de vivir por el agobio del trabajo. Una de las recomendaciones más constantes de los médicos es que se rebajen la tensión y las preocupaciones. La sociedad capitalista ha generado las curas de estrés. ¿No podríamos ofrecer aquí un testimonio alternativo, realmente necesario, que respondiera a una de las angustias más radicales de nuestra sociedad?⁷.

⁵ *Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy*. Sal Terrae, Santander 1990.

⁶ Tomada de *Obras completas de Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 19773, p. 835 (carta n. 79 de esta edición). El original italiano, en la edición de Monumenta Histórica Societatis Iesu, *Ep.* XII, 251-3.

⁷ Según P. WITTEBERG, (*Pathways to Re-Creating Religious Communities*, Paulist Press, New York 1996, pp. 61-76), una de las características de la VR, más concretamente, de su auge en determinados momentos históricos, sería su capacidad

La amenaza de «los tantos por ciento» consiste en convertirnos en activistas, en locos ejecutivos del Evangelio y de la pastoral, en nada diferentes de nuestros contemporáneos, tan ateos y desquiciados por el trabajo y la eficacia como ellos. Yo suelo decir que más vale dar unas pocas clases durante treinta años que dar ahora treinta horas de clase y salir reventado a los pocos años. Nuestra escasez numérica no nos permite, ni a nosotros ni a nuestro superiores, el lujo de quemarnos.

Si creemos que el Señor Jesús nos ha salvado y redimido, que el Mesías ya vino; si de verdad confiamos en que el Espíritu que da vida está presente en la creación y en la historia, alentando el bien por caminos ocultos, pese a la presencia del mal, del pecado, de la injusticia y de la obstinación; si de verdad sabemos que Dios actúa de modos que desconocemos y que ama tiernamente a sus criaturas preferidas, podríamos ser capaces de alimentar otra relación con el trabajo.

Una relación en la que no nos viéramos cargando con toda la responsabilidad, sino cooperando con el Dios bueno y con tantas otras personas tocadas por su gracia. Una relación que nos permitiera distanciarnos de las cargas, verlas con humor, relativizar su gravedad. Una relación en la que disfrutáramos del trabajo, pese a su intensidad. Podríamos generar un tipo de trabajo más semejante al del artista, que se esmera con su pieza musical, literaria o pictórica, pero que se enriquece en su diseño y realización. Se cansa, se fatiga, se esfuerza, se esmera, se afana..., mas el trabajo le rejuvenece, le aporta energía e ilusión, lo disfruta. Vive y goza de y con su trabajo, sin limitarse a vivir de él y a soportarlo como un mal menor, como si fuera una carga inevitable que únicamente proporciona los medios necesarios para que la verdadera vida acontezca en la privacidad del fin de semana, cuando en verdad se sería «persona».

El estrés, dicen, consiste más en la manera de llevar el trabajo que en la cantidad misma del trabajo y, sobre todo, en que se deja de disfrutar de él⁸. Las congregaciones de vida apostólica podríamos ser capaces de

de responder a las angustias más profundas presentes en la sociedad y la cultura del momento. Puede verse más ampliamente su estudio: *The Rise and Fall...*, citado en la nota 2.

⁸ Véase el excelente libro de R. ZERFASS, *Menschliche. Für eine Spiritualität von Priestern und Laien in Gemeindedienst*, Herder, Freiburg-Basel-Wien 19915, aquí p. 43 (con bibliografía).

evangelizar la sociedad precisamente en lo más característico nuestro: sin alejarnos de ella, mostrando una forma de trabajar seria, pero humana y evangélica. Evidentemente, esto impone un ritmo de vida en el que no se puede prescindir de la oración. Los casos de personas que conozco que trabajan relajadamente, en medio de múltiples y pesadas responsabilidades, dan prioridad a su vida espiritual. En la escena de Marta y María (Lc 10, 38-42), parece ser que el reproche radica no tanto en que Marta sea servicial, sino en que se afane en tantas actividades, de tal manera que su corazón se obsesione de tal modo con estas labores que prescinda de lo principal. Marta está descoyuntada por el trabajo.

2. 3. Nuestro modo de vivir juntos

Otras de las principales carencias de las sociedades occidentales modernas es el sentido de la pertenencia y el gozo de formar parte de una comunidad mayor⁹. El individualismo feroz de nuestra cultura genera una insatisfacción creciente y el anhelo de encontrar un nicho afectivo en el que sentirse acogido, formar parte de algo mayor, recibir el apoyo de otros. Una de las consecuencias inmediatas de la sobrecarga de los «tantos por ciento» es el deterioro comunitario. Llegamos a casa derrengados, preferimos no hablar del trabajo, si no es para desahogarnos soltando sapos y culebras. No tenemos tiempo libre para estar en la comunidad, para descansar juntos, rezar juntos, reír juntos, intercambiar nuestra vida espiritual, poner en común nuestras preocupaciones, mociones, penas y alegrías. Nuestras comunidades corren el peligro de convertirse en hoteles para ejecutivos eclesiales del Evangelio que se tratan con corrección, pero que se ignoran o están en guerra latente por conflictos no aclarados ni resueltos.

Nuestro testimonio apostólico sólo podrá ser efectivo en la medida en que sea corporativo¹⁰. No es lo mismo un conglomerado de apóstoles que una comunidad apostólica (S. Decloux). Nuestra

⁹ Así, por ejemplo, P. WITTEBERG, *Pathways...*, pp. 81-82. La comunidad es uno de los aspectos que más valoran los candidatos que llaman a las puertas de las congregaciones religiosas; cf. C. BERTRAND, SSND, *A Lineamenta Letter Reponse Letter from the National Vacation Conference*, p. 5.

¹⁰ Insiste en ello, desde un punto de vista sociológico, P. WITTEBERG, *Pathways...*, pp. 97-100. Remito a lo citado en la nota 3.

sociedad necesita, ciertamente, apóstoles; pero más todavía comunidades apostólicas. Como decía el P. Kolvenbach, sj a los provinciales europeos, el futuro de la misión en Europa pasa por la constitución de todo tipo de comunidades. El elemento corporativo aporta la visibilidad social, más importante todavía en una cultura de la imagen. Podemos caer, fascinados por la capacidad de trabajo, en el espejismo de la efectividad y el apremio de las urgencias inmediatas, en el individualismo feroz del capitalismo productivo. Si así, fuera, nuestra sociedad no podría vislumbrar en nosotros el elemento comunitario que tanto necesita, tan congruente, por otra parte, con el corazón del Evangelio de Jesús de Nazaret y la tradición bíblica. El Evangelio nos invita más a la fecundidad que a la eficacia. Conviene no confundir la una con la otra¹¹. Mientras que la eficacia rompe a los sujetos y no respeta a las comunidades, la fecundidad se acomoda a los ritmos naturales y hace crecer la comunidad.

De nuevo, el elemento clave es el ritmo y el estilo de vida¹². No es lo mismo hablar mucho de la comunidad y del aspecto comunitario en el NT que vivirlo experiencialmente en nuestras casas. No es lo mismo predicar la atención a los débiles y excluidos que ocuparnos de nuestros enfermos y ancianos.

3. Conclusión

Una de las constantes de los relatos bíblicos de vocación es que en ellos la fe se pone a prueba: la misión siempre supera al enviado, y la llamada resulta desmesurada para las cualidades y capacidades del escogido. La respuesta creyente se resume en confiar en que Dios proveerá y actuará.

Alimentados y cimentados en esta confianza, podemos adentrarnos en el fragor de la creación y recreación de la Vida verdadera que Dios quiere para su pueblo, sin que la angustia nos coma y paralice. Robustecidos por el discernimiento, sin titubear ante las grandes decisiones. Animados por el Espíritu creador y vivificador, que

¹¹ Véase la excelente presentación de: P. VAN BREEMEN, *Transparentar la gloria de Dios*, Sal Terrae, Santander 1995, 93-140.

¹² Dejo de lado el tema de la pobreza, que forma parte también del estilo de vida.

pone en pie los huesos muertos (Ez 37). Miremos a los santos y santas que nos han precedido y nos iluminan. Fijémonos no sólo en su vida de oración, sino en su estilo de vida, en las actividades que dieron cuerpo histórico (encarnaron) a la profundidad de su oración. Confiemos nuestras incertidumbres, desconsuelos, angustias, alegrías y convicciones a Nuestra Señora, modelo de discípula.

Estamos llamados y podemos dar hoy un gran testimonio de la grandeza de Dios, la maravilla de encontrarse con Él y los derroteros magníficos que adquiere la vida cuando se emprende el camino del seguimiento de Jesús. La sociedad y la cultura capitalista del trabajo reclaman de nosotros formas de vida en las que se recupere y muestre cómo es posible disfrutar de la belleza del trabajo. El individualismo y la competencia depredadora de nuestra sociedad nos piden mostrar formas concretas, viables, palpables y visibles de cómo los seres humanos nos realizamos plenamente cuando vivimos una comunión. Ojalá nos atrevamos a optar y sostener el ritmo de vida que realmente testimonia estas tres dimensiones de nuestra vida como religiosos/as y sacerdotes, engendrando las formas de orar, actuar y vivir juntos que el Señor y nuestra sociedad esperan de nosotros. Esto sería una inculturación del Evangelio del Mesías Jesús en nuestra sociedad, en lugar de asimilarnos nosotros al modo de trabajo y convivencia y al secularismo de nuestra sociedad.

[Tomado de «SAL TERRAE», España, 86/1 (enero 1998), pp. 57-66]